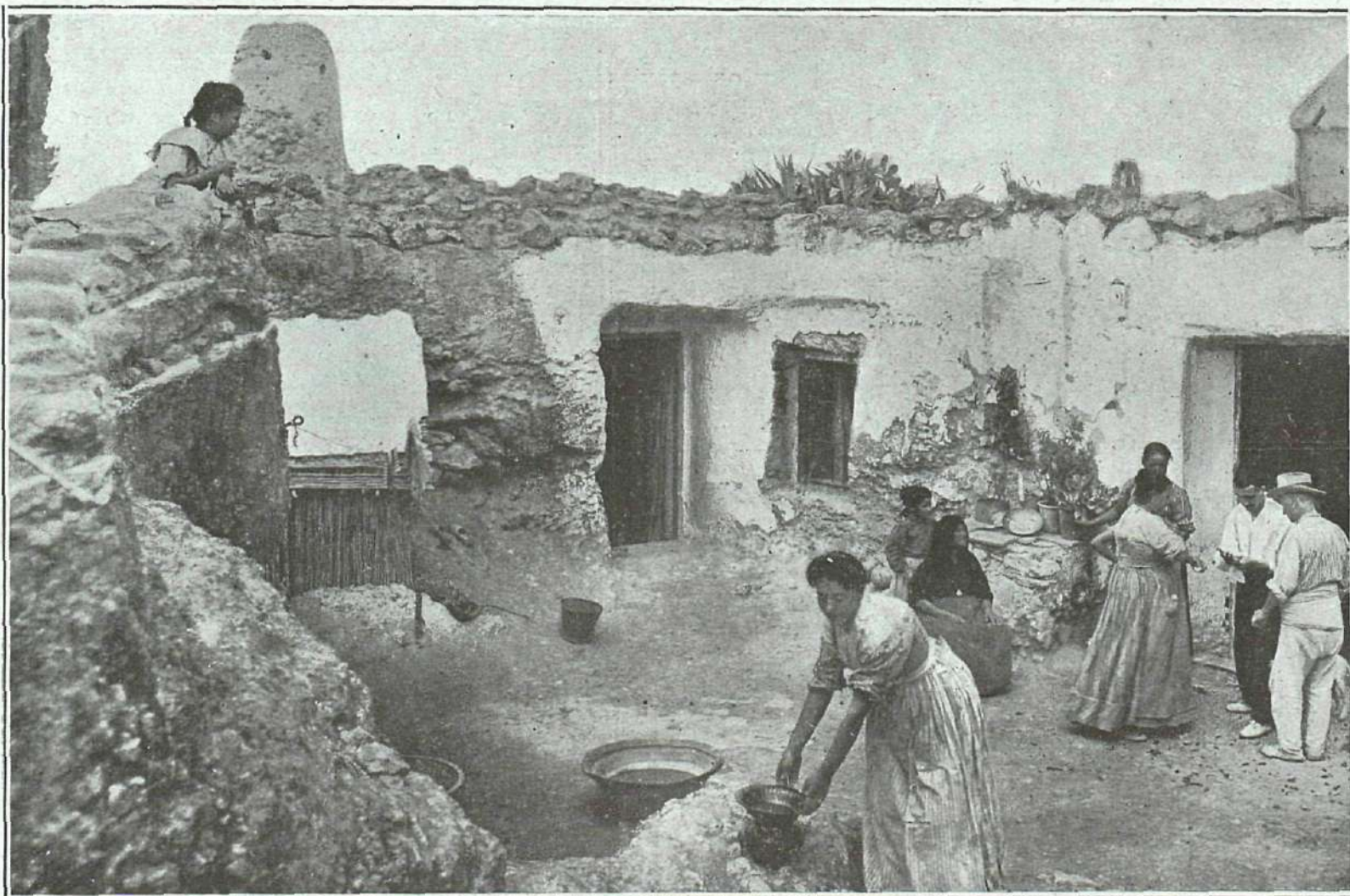


LOS BÁRBAROS CIVILIZADOS



Una cueva de Burjasot

POCAS regiones hay en España que ofrezcan menos teatralismo en su paisaje que la bellísima Valencia. Me refiero á la propia Valencia y los pueblos de su alrededor. Y es más: hasta en los lugares montañosos de la provincia no hallaremos la escenografía romántica de otras sierras, como en los Gaitanes malagueños ó en el Pancorvo castellano. Los pintores valentinos y aun el resto de la casta mediterránea, sufren la nostalgia más nostálgica de todas: la de aquello que no se ha gozado nunca, pero en que se sueña siempre. Cuando yo era chico, en el primer viaje á Madrid, no había modo de consolarme ante la carencia de túneles en el inmenso llano, no interrumpido sino por caseríos humildes. Estoy seguro de que á todos mis paisanos les atormentó esta falta del elemento dramático en el ambiente de nuestra ciudad y nuestro campo. ¡Cómo nos dolíamos los camaradas de mi estudiantina universitaria y bohemia, de que no se diesen en Valencia los días brumosos y las nevadas de los países en que ocurrían las novelas que solíamos devorar entonces!...

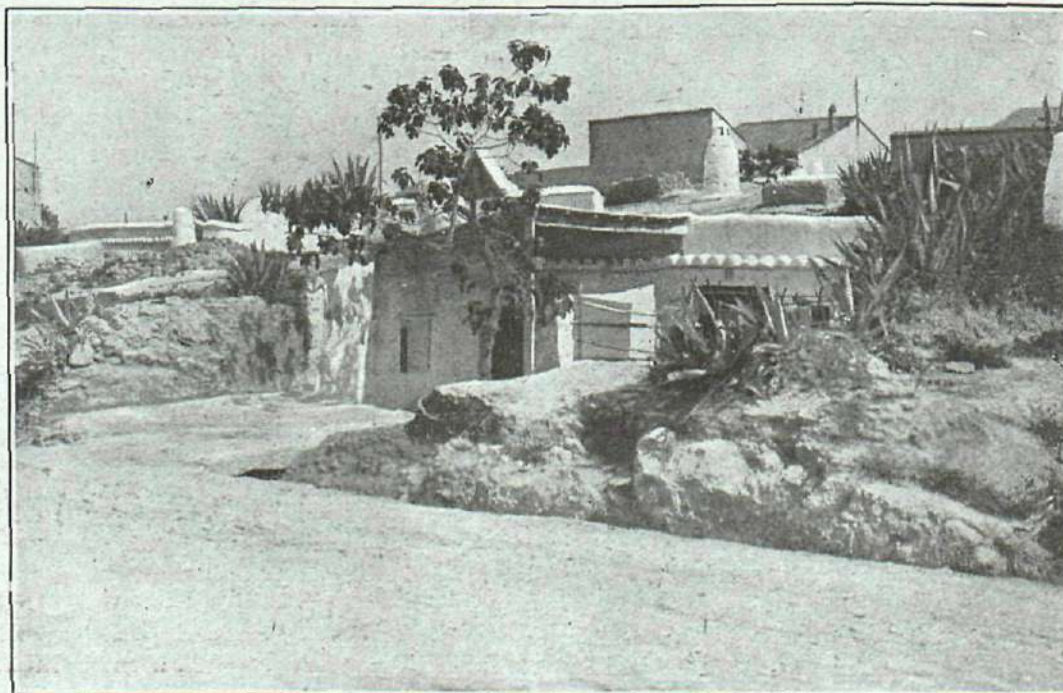
Pero pasan los años. Se aprende á no desear los túneles, que os dejan en tinieblas, que cortan el deliquio y la contemplación del panorama, que llenan de humo los coches. Se considera como un favor del cielo la blandu-

ra del clima, la domesticidad de la huerta, la pureza del azul y del mar. Acaso de muchacho desdñabais el naranjo, un solo naranjo, ya vulgar á vuestra mirada, y no como el abeto, un símbolo de exotismo. Ahora nos embriaga encontrar miles y millones de naranjos... En suma: la madurez del espíritu y la progresiva decadencia del cuerpo nos conducen á esa verdad de que civilización significa consorcio y acoplamiento del hombre con la Naturalesa, y, por tanto, ninguna tierra más amable que la que no opone obstáculos á la Humanidad. Y ya, en vez de contristar-

nos la pobreza romántica de la vega celebrírrima, nos infunde un equilibrado y gustoso placer, casi sinónimo de salud moral.

Se traen á cuento las anteriores divagaciones con motivo de las cuevas habitadas en Benimamet, lugarejo próximo á la capital que llaman del Cid. Algúien, al observar cómo se transformaron en vivienda los huecos espontáneos en la extendida roqueda, ha dicho: *¡Todavía hay trogloditas en Iberia!* Si, los hay, puesto que algunas gentes residen en grutas, bajo techumbres de pedernal. Pero ya quisiéramos que los habi-

tantes de las grandes urbes fuesen tan primitivos como las tribus de Benimamet. En otro sitio, en cualquier paisaje enorme y feraz, unos refugiados en una cueva, serían personajes de romance sangriento, de gesta ó de barbarie. Allá en Valencia, gracias á la dulzura risueña del ambiente, los trogloditas son refinados sensuales, buenos amigos de la madre tierra, confiados en su generosidad. Y no se equivocan. El pastor de las cimas legendarias, España adentro, disputa el terreno á las alimañas. En Benimamet, el único peligro de las cuevas, si se descuida su inquilino, es verse de pronto envuelto en flores, en la infinidad de flores que nacen por generación espontánea...



Una cueva de Benimamet

FOTS. GÓMEZ DURÁN

Federico GARCÍA SANCHIZ